

Escribir sobre la Unidad Terapéutica y Educativa (UTE) de Villabona es escribir sobre el éxito. Sobre el éxito de un grupo de personas que han sabido encarrilar una parte de nuestra sociedad que no tenía cabida entre las leyes de la convivencia y que hoy día, gracias al esfuerzo, al trabajo y a la capacidad de compartir, se pueden contar por centenares. Es por tanto un éxito de la sociedad en general, en beneficio de todos.

La UTE es el logro de un grupo de profesionales e internos liderados por Faustino García, educador, y Begoña Longoria, trabajadora social, que iniciaron su carrera profesional en la cárcel Modelo de Barcelona, y que en 1992 tuvieron la oportunidad, ya en su Asturias natal, de implementar un módulo dentro de la propia cárcel donde los internos, tras firmar voluntariamente un contrato terapéutico, se comprometen a no usar ningún tipo de drogas ni ejercer violencia alguna y seguir el programa de la Escuela de formación. La fórmula es sencilla aunque nada fácil de llevar a cabo: Eliminar la represión y cambiarla por formación. Es un modelo único que ha sido replicado en varias prisiones del Estado Español.

Pero antes hablaba del éxito, y no es un adjetivo gratuito. La UTE ha conseguido rebajar de una manera considerable los índices de reincidencia con respecto al sistema de prisión tradicional. Me gustaría resaltar que esto afecta no sólo al individuo que mejora su forma de vida a todos los niveles, sino también a toda la sociedad, que gana en seguridad, en lo que esta persona pueda aportar y desde luego, si somos capaces de ver la imagen completa, en un ahorro descomunal en gastos de todo tipo que la comunidad carcelaria conlleva en su estructura.

El gran logro de la UTE es que sus métodos están basados en la comunicación, seguramente la mejor manera que tiene el ser humano de cambiar el mundo. En esta unidad no se ordena, no se manda, no se obliga. Todas las personas que forman parte de ella son voluntarios, tanto los reclusos como los funcionarios. Los funcionarios no son simplemente guardianes sino educadores, la figura del criminólogo también desaparece y en su lugar hay co-terapeutas capaces de cambiar la frustración en satisfacción. Los reclusos me decían que, para ellos, estos hombres y mujeres con los que tratan cada día ya no son simples carceleros, ¡enemigos! habían llegado a comentar. Son compañeros en los que confían y de los que han aprendido a recibir respeto... Y ese es precisamente el gran cambio, el germen de un nuevo comienzo. Según opiniones de los propios reclusos, la diferencia se nota nada más entrar en el módulo. En el primer encontronazo con los funcionarios, éstos no se dedican a recitar las normas, a dejar claro quién manda. Al contrario, lo primero que hacen es preguntar al recién llegado cómo se encuentra, si necesita algo. Además son los internos con más tiempo en la unidad quienes harán la función de guía. Cada condenado tiene unas características y por la tanto la rehabilitación se enfoca desde un punto de vista diferente para cada problema.

Los centros penitenciarios no pueden ser vistos como un almacenaje de residuos sociales, si bien es cierto que las penas están para cumplirse, es necesario que sepamos ver el origen de la delincuencia para saber cómo erradicarla. La mayoría de los presos en nuestro país están cumpliendo condena por temas que tienen que ver con las drogas, así que si entendemos la droga como una enfermedad que puede ser curada tenemos que entender los centros penitenciarios como un paso más en el tratamiento.